
Pensar la libertad a la luz de las guerras y revoluciones del siglo XX: Raymond Aron

NICOLAS BAVEREZ*

TAL como predijo Nietzsche, el siglo XX ha sido una época de «grandes guerras en nombre de las ideologías». El siglo XX ha supuesto también el suicidio de Europa, que ha pasado de ser una civilización universal a ser un mero objeto de rivalidad entre las superpotencias de la guerra fría, para convertirse luego en una provincia del imperio americano. En el siglo X, Europa inventó la libertad moderna. En el siglo XX, inició conflictos mundiales y totalitarismos de los que fue también víctima y que provocaron una destrucción sin precedentes, anulando a la vez su poderío, su unidad y su identidad. En cuanto al siglo XXI, Europa lo encara con la tentación de salir definitivamente de la historia, acumulando un vacío demográfico, ya que perderá 54 millones de habitantes de aquí a 2050; un vacío estratégico, al debilitarse la garantía de seguridad americana y carecer de una defensa europea creíble; un vacío democrático, con la crisis del proceso constitucional; un vacío económico, bajo el fuego cruzado del liderazgo nuevamente hallado por los EE.UU. y la recuperación acelerada de Asia –con China e India a la cabeza– y, en un futuro, quizás de Rusia y de Brasil y, por último, un vacío científico y tecnológico. Como ya subrayaba Bernanos, «más que estar socavada por fuerzas antagónicas, a Europa la aspira el vacío».

Hoy en día, la historia del siglo XX se ha cumplido: todo el mundo sabe que empezó con el entusiasmo infundado de la movilización general de 1914 y se cerró con el triunfo ambiguo de 1989, con la caída

* Nicolas Baverez es abogado, economista e historiador. Su último libro publicado es *La France qui tombe*.

del muro de Berlín y el hundimiento de la Unión Soviética. Pero aún no se ha escrito desde un punto de vista intelectual. Aunque el ciclo histórico se haya cerrado, la interpretación prosigue más allá de la ruina de las ideologías. Lejos de haber concluido el debate, la revolución de terciopelo de 1989 permite entablar una reflexión crítica sobre la lucha a muerte entre la democracia liberal y las formas rivales, que, como objetivo común, se han propuesto destruirla, independientemente del imperativo categórico de combatir los totalitarismos.

Presa de la euforia provocada por la caída pacífica del imperio soviético, la última década del siglo XX, en Occidente, y especialmente en Europa, se ha colocado bajo el signo de las utopías sobre el final de la historia, de la política, de la violencia, de los ciclos económicos y del trabajo. En el momento mismo en que la historia aceleraba, cuando una nueva gran transformación trastocaba la democracia, el capitalismo y el sistema geopolítico, los ciudadanos de las democracias se durmieron. Hasta el despertar brutal de principios de los años 2000, con el encadenarse de la caída de la bolsa, de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y de los escándalos financieros en cascada, desde Enron hasta Parmalat. De ahí la necesidad de reflexionar de nuevo sobre los marcos y las condiciones de la libertad política, de la regulación económica y social, de la guerra y de la paz.

La violencia hiperbólica del siglo XX, como la del nuevo ciclo de guerras en cadena iniciado por los atentados del 11 de septiembre de 2001, hace que un análisis o un juicio sosegados resulten muy improbables. A falta de la verdad, se ha de aspirar, al menos, a la objetividad. En este sentido, es difícil ignorar el pensamiento y la obra de Raymond Aron, que resumía en estos términos la ambición y la forma de proceder del conocimiento histórico, tal como él los concebía: «No pretendo haber alcanzado la objetividad, lo que pretendo es que la vía de la imparcialidad pase por el método, cuyas fases son: relato, análisis, interpretación y crítica».

Hay por lo menos tres razones para legitimar el recurso a Raymond Aron. La primera es que la historia del siglo XX ha servido de hilo conductor para su pensamiento y su obra, que él definía de la siguiente manera: «Mientras leía apasionadamente a Hegel, Marx y Max Weber a orillas del Rin, concebí el proyecto que luego hice mío,

pensar en la Historia mientras se iba haciendo, asumir sus servidumbres con toda la lucidez posible, descifrar su significado sin olvidar nunca que ese significado ni está inscrito en los hechos, ni está determinado de antemano». La segunda es que su juicio se ha revelado con constancia excepcionalmente seguro, hasta valerle la calificación, por parte de Claude Lévi-Strauss de «profesor de higiene intelectual». La tercera es que el entramado de su pensamiento, la clave analítica que le permitió descodificar el conflicto entre la democracia y los totalitarismos, y que expuso en 1938, en su tesis *Introducción a la filosofía de la historia*, sigue siendo no sólo un momento decisivo en la historia de la filosofía francesa, como ha puesto de relieve Georges Canguilhem, sino también una clave eficaz para entender el mundo del siglo XXI y para actuar sobre él.

Parece igualmente oportuno inspirarse en el método histórico de Raymond Aron para explorar, a la luz de su pensamiento, el destino de la libertad en el siglo XX, pero también la historia de los primeros años del siglo XXI. Procederé, por consiguiente, en cuatro fases: Relato, Análisis, Interpretación y Crítica.

I. RELATO

Para Aron, la historia era una dialéctica que enfrenta en un orden siempre aleatorio y recompuesto, la acción humana y la necesidad, el drama y el proceso histórico. Por un lado, la dinámica de la sociedad industrial y del mercado, de la democracia y de la igualdad; por otro, la acción de los héroes, ya sean hombres de acción o de pensamiento. De Gaulle no tenía razón al afirmar que «tras las victorias de Alejandro está siempre Aristóteles». Siguiendo a Tocqueville en su interpretación de la Revolución Francesa, y a Elie Halévy, en su análisis de la aparición de las tiranías modernas a partir de la organización del entusiasmo generado por el primer conflicto mundial, Aron elabora una historia filosófica, que mezcla estrechamente la reflexión y la lucha política, en la que el acontecimiento se remite y confronta permanentemente con las representaciones colectivas que moldean las opiniones y subyacen a los movimientos populares. Entre estas, en el siglo XX el primer puesto lo

ocupa el marxismo y, en los comienzos del siglo XXI, domina la cobertura sombría del fundamentalismo religioso.

A. LA DINÁMICA HISTÓRICA: LA TRINIDAD TRÁGICA DE GUERRAS, REVOLUCIONES Y CRISIS

El destino del siglo XX se urde en torno a tres formas históricas que interactúan entre ellas: las guerras mundiales, las revoluciones, las crisis económicas.

- 1) La guerra es primordial en la historia del siglo XX en sus dos formas, de guerra entre estados y de guerra civil. En este sentido, el cataclismo de 1914-1918, como lo ha afirmado François Furet, sigue siendo la matriz del siglo. Ilustra la totalidad del ciclo histórico, que va desde 1914 hasta 1989, como un día siniestro y sangriento, hecho de combates, de trincheras y de bombardeos masivos, de columnas de refugiados y de cohortes de deportados, de cámaras de gas y de campos de concentración.

Se ha aportado trágicamente la demostración del carácter ambivalente del desarrollo de la civilización mercantil y del avance de los conocimientos, que abren nuevos campos del saber y de los intercambios, al tiempo que desmultiplican las fuerzas de destrucción de que disponen los hombres. En el siglo XX, la última palabra se le ha dejado por fin a la libertad, en un momento en que nadie se esperaba ya ningún desenlace para la lucha secular entablada entre la democracia y el totalitarismo. La sociedad industrial y las técnicas de producción de masas confiaron a los tenedores de la *Machtspolitik* medios de opresión, de terror y de envilecimiento sin precedentes; pero las democracias han demostrado tener una resistencia inesperada, gracias al papel clave de los Estados Unidos, cuya intervención se puso de manifiesto en las tres guerras mundiales: en 1917, frente a los Imperios centrales, en 1941 frente a las fuerzas del Eje y, más tarde, desde 1945 hasta 1989, frente la Unión Soviética.

- 2) La guerra generó e inspiró ideologías revolucionarias, que volvieron su violencia en contra de las democracias, la civilización y la libertad burguesa, erigiendo la guerra interior y exterior en princi-

pio de gobierno. La revolución bolchevique de 1917, llevada a cabo en nombre de la igualdad y del internacionalismo, estalló al confluír la sucesión de derrotas militares sufridas por Rusia contra Japón y luego contra Alemania, el comienzo del despegue económico y el arcaísmo de las estructuras económicas y sociales. Las revoluciones fascistas y nazis, llevadas a cabo en nombre de la desigualdad de los hombres y de las razas, así como del nacionalismo a ultranza, nacieron al cruzarse el resentimiento de los pueblos vencidos tanto por el tratado de Versalles como por la miseria social que supuso la crisis de los años 1930.

La única excepción es la revolución de 1989 de los pueblos de la Europa central y oriental, que, junto con las de 1789 y 1848, pertenece al exíguo número de revoluciones llevadas a cabo por y para la libertad. Por otra parte, es instructivo y descorazonador, constatar que las democracias europeas, cuya responsabilidad en el desencadenamiento de las dos primeras guerras mundiales, así como de las revoluciones que constituyen su corolario, es grave y directa, no han tenido ningún papel en el desenlace de la guerra fría ni de la liberación de los pueblos del imperio soviético. Los que han dirigido la reunificación política del continente bajo la bandera de la OTAN –con excepción únicamente de Alemania, dedicada a su propia reunificación– han sido los Estados Unidos; la Unión sólo se ha ampliado en un segundo momento y no sin tremendas dificultades, que siguen pendientes hoy en día, ya se trate del proceso de decisión, de las políticas comunes o del presupuesto.

- 3) Por último, en todo el siglo XX ha pesado muchísimo la influencia de tres grandes crisis económicas. La primera se produjo al final de la guerra, en 1918-1920, con el hundimiento de la regulación liberal del siglo XIX, bajo la presión de las secuelas financieras del primer conflicto mundial: la inflación, los déficits y las deudas públicas han sido el telón de fondo de las sociedades democráticas durante tres cuartas partes del siglo. La gran deflación de los años 1930, la crisis del consumo y de la producción en masa dejaron sin trabajo, en 1931, a 16 millones de personas en los Estados Unidos, en Alemania y en el Reino Unido; la situación sólo finalizó con el

advenimiento de la economía de guerra. La estanflación causada por los choques petroleros de los años 1970, mezcla la aceleración de la inflación con la ralentización del crecimiento, debido a una escasez de la oferta y de la inversión ligada a los costes salariales, lo que ocasiona unos 40 millones de parados en los países de la OCDE. Finalizará en los años 1990, con el desmantelamiento de las economías cerradas y administradas y la aparición de un nuevo paradigma económico, constituido por la internacionalización, la desregulación, la revolución de las tecnologías de la información y de las biotecnologías y el resurgir de un capitalismo empresarial de tipo schumpeteriano.

B. EL HÉROE: EL ESPECTADOR COMPROMETIDO

La vida de Raymond Aron, nacido en 1905, en vísperas de la Gran Guerra, y muerto en 1983, en plena última crisis de la guerra fría, vinculada a la implantación de los eur omisiles, se ciñe estrechamente a los contornos de ese siglo sacudido y entregado a las guerras, a las revoluciones y a las crisis.

- 1) Raymond Aron nació en una familia de origen judío, oriunda de Lorena, perfectamente integrada, profundamente patriótica y republicana. Se consolidó rápidamente como un producto ejemplar del sistema escolar y universitario de la III República, que le llevó del liceo Condorcet a la Escuela Normal Superior y más tarde a la cátedra de filosofía. No obstante, impregnado de la filosofía del Iluminismo, discípulo de Brunschvicg educado en el culto a Platón y a Kant, nada le predisponía a entender la caída de Europa y del mundo en la violencia y en el terror masivo.
- 2) La personalidad y el pensamiento de Aron se forjaron en el fuego de la historia a medida que esta se iba haciendo, bajo el choque de la agonía de la República de Weimar y de la irresistible conquista del poder por parte de Hitler. La doble ruptura de Aron con el socialismo y el pacifismo de su juventud se produjo entre 1930 y 1933, en Alemania, a donde se había trasladado para, por un lado, perfeccionar su vocación de filósofo y, por otro, protestar contra el naciona-

lismo estrecho que impregnaba Francia. La visión concreta de la ascensión del nazismo, pero también la revelación del pensamiento de Max Weber, en el que se inspirará para elaborar su concepción de la acción y del juicio, al tiempo que recusaba su visión de una «guerra de Dioses inexpiable», trastocó a Aron y contribuyó a transformar al brillante universitario y futuro profesor en uno de los pocos franceses que tenían la competencia y la experiencia necesarias para entender el nuevo y siniestro panorama que se anunciaba en la Europa de los años 1930.

- 3) Con la Segunda Guerra Mundial, se produjo una nueva serie de rupturas. Destinado en un puesto meteorológico situado en el eje de la brecha alemana de las Ardenas, Aron sufrió de lleno el choque de la derrota y del desastre, aunque logro salvar a sus hombres de caer prisioneros. Tras haber tenido conocimiento del llamamiento del 18 de junio a través de su mujer, decidió unirse al general De Gaulle en Londres, embarcando el 24 de junio de 1940 con una división polaca. Destituido por ser judío de su cargo en la Universidad, vio cómo destruían sus libros, tras haber sido incluido en la lista Otto. Llegado el día de la Liberación, descubrió finalmente el horror de la solución final, a la que se refiere en estos términos en el *Spectateur engagé*: «Nadie que sea judío puede decir de forma definitiva que ha asumido, que ha aceptado. Lo único que puedo decir, como testimonio personal, es que, desde entonces, me considero a mí mismo como un superviviente mimado por la suerte».
- 4) La guerra fría marcó una nueva quiebra en la vida de Raymond Aron quien, debido a su compromiso anticomunista, y, además, a su respaldo al RPF, se vio sometido a un auténtico exilio interior. Aron quedó totalmente marginado de la Universidad y de la intelectualidad, que se sumaron masivamente a la causa comunista. Las amistades o las complicidades con gente de la Escuela Normal, y la primera de todas la complicidad que mantenía con Sartre, no resistieron la prueba de la guerra fría. Tras el episodio del RPF, y más concretamente a partir de 1958, los gaulistas le pusieron en el índice, por ser demasiado crítico con la V República, y aún más con su fundador, sobre todo en cuanto al aspecto diplomático. Su aislamiento

fue a la vez un sufrimiento y una suerte: sumado a su postura de espectador comprometido, le dio una libertad y una independencia de criterio únicas en la Francia de la posguerra.

A través de estas rupturas y estas pruebas, se abre paso la fidelidad de Aron a una decisión existencial e intelectual tomada a orillas del Rin: ir planteándose la política y la historia a medida que se van produciendo. Y ahora ha llegado el momento del análisis.

II. ANÁLISIS

El pensamiento de Aron se inscribe en la tradición francesa del liberalismo político, ilustrado por Montesquieu, Constant, Tocqueville, Elie Halévy. Es a la vez realista, probabilista, dialéctico. Realista porque rechaza todo principio trascendente o todo moralismo abstracto, intentando entender a los actores lo más cerca posible de sus decisiones. Probabilista porque recusa toda forma de determinismo y no estudia únicamente la historia que se ha cumplido, sino todo el abanico de lo posible. Dialéctico porque rechaza cualquier maniqueísmo para asumir la complejidad y la incertidumbre.

A. LOS ELEMENTOS DE LA CLAVE DE LECTURA DE ARON

Para actuar sobre la historia, hay que comprenderla. Y, para comprenderla, hay que pensar en ella partiendo de una clave conceptual. El sistema explicativo puesto en práctica por Raymond Aron, forjado durante el período entre las dos guerras, confirmado en Londres ante la prueba del comentario estratégico y político del segundo conflicto mundial, se despliega en tres dimensiones y cubre dos antagonismos fundamentales: la democracia y el totalitarismo; la nación y el imperio.

1. EL SISTEMA INTERNACIONAL, LOS ESTADOS, LAS SOCIEDADES

Aron se plantea el sistema geopolítico del siglo XX a partir de las categorías clásicas, establecidas en la Ilustración: oposición entre el esta-

do civil que prevalece dentro de las naciones y el estado natural que impera en la jungla de la vida internacional; función eje del Estado, que es a la vez garante de la paz civil interior y de la seguridad exterior. Su pensamiento articula tres planos, que interactúan permanentemente: el sistema internacional, marcado por el orden binario de la guerra fría, por un lado, bloqueado por la relación nuclear entre las dos superpotencias y, por otro, cruelmente dividido entre las dos formas rivales de sociedad industrial –forma liberal de las democracias, forma totalitaria del sovietismo–; los Estados, herederos de la historia y continuadores de culturas irreductibles, compitiendo permanentemente para extender su dominio territorial y su influencia política; las sociedades, atribuladas por las tensiones de la civilización industrial (antagonismo entre libertades políticas y desigualdades sociales en las democracias, fracasos de la planificación centralizada y de los modelos alternativos en el mercado en el este y en el sur), pero también por la emancipación creciente de los actores económicos y sociales frente a sistemas públicos de decisión que, en la última y decisiva década del siglo, desembocarán, por un lado, en la descomposición del imperio soviético y, por otro, en el resurgimiento de una regulación liberal de las sociedades democráticas.

2. DEMOCRACIA Y TOTALITARISMO

Algunos han querido asimilar a Aron con los teóricos de la convergencia entre el este y el oeste, debido a sus trabajos comparativos sobre la sociedad industrial. Craso error, pues lo político no sólo conserva en su pensamiento una autonomía frente a lo económico y lo social, sino un carácter primario.

La democracia y el totalitarismo configuran los términos de la alternativa abierta por el avance de la igualdad en las sociedades democráticas, cuyas dos caras han sido exploradas por Tocqueville y Marx. Estas dos formas políticas no responden a una esencia; remiten a un proceso histórico, al cruce de guerras, revoluciones y crisis del siglo XX.

De ahí un enfoque crítico que no tiene intención de plantear a priori la naturaleza filosófica de los regímenes susodichos, al contra-

rio que la manera de proceder de Hannah Arendt a propósito del totalitarismo, sino, siguiendo a Montesquieu, de separar sus principios –por lo demás heterogéneos– del estudio comparado de su formación, de su funcionamiento y de su evolución. Según Aron, el totalitarismo no se define «ni únicamente por la supresión de las instituciones representativas, ni por el poder absoluto de un equipo o de un hombre». De ahí el recurso a conceptos múltiples, que constituyen otros tantos enfoques y otros tantos cambios del fenómeno totalitario, sobre todo al hilo de la historia de la URSS: «tiranías modernas» y «maquiavelismos» durante los años 1930, insistiendo en la oposición frontal a las democracias; «religiones seculares» en los años 1940 y 1950, haciendo hincapié en la mezcla de fe y de terror que garantiza su cohesión; «totalitarismo», para designar su alteridad radical frente a las democracias en la sociología de las sociedades industriales; «ideocracia» en el último ciclo de expansión del imperio soviético, durante la segunda mitad de los años 1970.

La originalidad de Aron reside en combinar una visión clara de la lucha a muerte entre la democracia y el totalitarismo que estructura la historia del siglo con un análisis de sus distintas facetas y de sus evoluciones. Este reconocimiento de la complejidad histórica, incluso dentro del fenómeno totalitario, es indispensable para entender el desenlace del conflicto, en 1989, con el desmoronamiento político de la URSS.

3. NACIONES E IMPERIOS

El tercer antagonismo fundamental en torno al cual se desarrolla la historia del siglo XX es la oposición entre las naciones y los imperios.

Las tres guerras mundiales han terminado con tres grandes olas de descomposición de construcciones imperiales: desmembramiento de los imperios centrales en 1918; desmantelamiento del Reich hitleriano y de la esfera de coprosperidad japonesa en 1945, seguidos por los imperios coloniales europeos (inglés, francés, belga, holandés, etc.); desmoronamiento del imperio interior y exterior soviético a partir de 1989, acompañado por el de la ex-Yugoslavia. Cada uno de estos choques se ha traducido en el florecimiento de nuevos Estados-naciones.

Sin embargo, el triunfo de la forma política del Estado-nación sigue siendo ambiguo: para empezar, subsisten imperios, a la cabeza de los cuales están China e India (donde vive cerca del 40% de la población mundial); luego, en los tres conflictos mundiales, la decisión ha sido cosa de los Estados Unidos, que constituyen el único ejemplo de democracia imperial; y, por último, la forma política del Estado-nación se ha vuelto a poner en tela de juicio por parte de la globalización y de las nuevas tecnologías, que favorecen su elusión por abajo (actores económicos y sociales, entidades locales) y por arriba (construcciones continentales, entre las cuales la Unión Europea nos ofrece el ejemplo más logrado, embrión de una sociedad internacional en la que se crea un derecho planetario en el campo penal –Tribunales penales de La Haya y Arusha, Tribunal penal internacional, acciones entabladas contra el general Pinochet–, en el ámbito humanitario –derecho de ingerencia–, en el campo medioambiental –protocolos de Río y de Tokyo–.

El Estado-nación ha sido, desde el siglo XVIII, la forma política en la que se han desarrollado el sentimiento democrático, la economía de mercado y el vínculo social. Se ha afirmado también como eje de las relaciones internacionales. Frente a éste, las construcciones multinacionales se han organizado en torno a la ambición imperial, indisociable del ejercicio de la coacción, cuando no del terror. Toda la apuesta de la construcción europea consiste en intentar imaginar y poner en práctica instituciones legítimas y eficaces, para lograr una construcción multinacional a escala de todo un continente que se base en la libertad de los individuos, de los pueblos y de las naciones, y no en su enajenación o en su dominio. De ahí la permanente y difícil yuxtaposición de una lógica comunitaria y de una lógica nacional, de políticas comunes y de una competencia entre los Estados, así como entre los sistemas económicos y sociales.

B. FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y MORAL DE LA ACCIÓN

La clave de lectura elaborada por Raymond Aron descansa sobre tres pilares: una filosofía del hombre en la historia, una definición liberal de la libertad, su apuesta a favor de la razón.

1. UNA FILOSOFÍA DEL HOMBRE EN LA HISTORIA

La filosofía de la historia de Aron se puede resumir con una fórmula, extraída de su tesis, *Introducción a la filosofía de la Historia*: «El hombre está en la historia, el hombre es histórico; el hombre es una historia».

La primera consecuencia de este postulado es de índole epistemológica, con la crítica del positivismo. Aron abre la epistemología de la sospecha en las ciencias sociales, al afirmar que no hay ninguna verdad absoluta, sino verdades parciales. Al mismo tiempo, rehúsa ceder al relativismo absoluto, que, al disolver a su vez los valores y la historia, abre el camino al totalitarismo.

La segunda conclusión es filosófica, con una concepción existencialista de la condición humana. Mediante la búsqueda del conocimiento y el compromiso, el hombre puede superar su historicidad; el ejercicio de su libertad le permite apartarse de la contingencia para acceder a una parte de universalidad.

2. UNA DEFINICIÓN LIBERAL DE LA LIBERTAD

Desde el momento en que Aron rechaza toda forma de Providencia, lo mismo si se encarna en los mitos que en las tradiciones, en la religión o en las ideologías, las raíces de la libertad hay que buscarlas en la política y en la historia.

Para Aron, la libertad es algo que nunca se da, sino que hay que conquistar siempre, frágil construcción que se funda sobre todo en la voluntad de los ciudadanos, aunque también en la solidez de las instituciones. La libertad viene primero; pero es una primacía histórica que excluye toda trascendencia. Es el producto singular de la Europa de las Luces, progresivamente reforzada por la prueba de los conflictos entre las naciones y los imperios, las democracias y los totalitarismos. Por consiguiente, se desprende de la acción contingente en la historia y no de una necesidad o de una ley por la que se rija el desarrollo de la humanidad.

La libertad moderna es, a la vez, plural y heterogénea: plural porque yuxtapone principios y derechos diferentes: derechos burgueses

nacidos de la Ilustración; derechos ciudadanos nacidos de los avances del sufragio universal; derechos sociales forjados, por un lado, al hilo de las crisis y de los cambios del capitalismo y, por otro, de los conflictos laborales y de la instauración de los Estados-providencia. De ahí la paradoja de una gran vulnerabilidad, que se deriva de la falta de un principio unitario y trascendente, y de una fuerza insospechada, que ha permitido a las democracias sustentarse en la divergencia de intereses y en las contradicciones de las pasiones que las atraviesan para poder sobrevivir, al final del siglo XX, a las guerras, a las revoluciones y a las crisis que no pudieron con ellas.

De la primacía de la historia se deriva la primacía de la política. Aron se inscribe sin ambigüedad en la tradición del liberalismo político francés, distinto del utilitarismo. El mercado resulta del universo de los medios y no de los fines. Constituye uno de los componentes necesarios, pero no suficientes, de la libertad moderna y no debería constituirse en un principio organizativo. Así pues, Aron se une a Karl Popper en la voluntad de «proteger la libertad contra sus propios fanáticos», reservando un puesto eminente al Estado y a las instituciones, ante las críticas libertarias o marxistas que se les dirigen.

3. UNA APUESTA A FAVOR DE LA RAZÓN

La última dimensión de la libertad es moral, una apuesta pascaliana a favor de la existencia de una razón que le da un sentido al compromiso en la historia y que fundamenta el hecho de que toda la humanidad, más allá de la diversidad de los pueblos, de sus culturas e historias, comparte algunos valores comunes. La existencia de esta razón ni se demuestra ni se postula, se descubre en el movimiento mismo de la acción.

Este horizonte marca los límites del sistema de pensamiento aroniano, que reconoce, reserva, incluso admira la posibilidad de un acto de fe, especialmente religioso, sin acceder a él. En Aron hay huella de una inquietud y de una expectativa metafísica, que se manifiesta sobre todo, como demuestra Gaston Fessard (1980), en su solidaridad con el destino del pueblo judío y en su vínculo afectivo y moral con Israel. Es forzoso

reconocer, no obstante, que la reivindicación plena y total de su judaísmo por parte de Aron se inscribía en dos principios firmemente establecidos: por un lado, el rechazo de cualquier adhesión de índole mística o de pertenencia a una historia sobrenatural; por otra, el rechazo de cualquier forma de doble nacionalidad, en virtud de la regla republicana según la cual «cada uno de nosotros tiene una Patria y una religión, pero nadie puede tener dos Patrias».

De esta forma, Aron no renuncia a la existencia de valores comunes en la humanidad, cuyo anclaje no está en la metafísica sino en la historia y cuyo fundamento reside en la política.

III. INTERPRETACIÓN

¿Qué explicación puede dársele a la precocidad y a la justeza de criterio de Aron con respecto a la historia del siglo XX? Las tomas de posición de la mayoría de los intelectuales de su generación y de la generación anterior muestran también un rechazo del determinismo. Aron se definía como un hombre comprometido en un momento de la historia de la filosofía, de los intelectuales, de la nación francesa. Su singularidad da fe de la libertad y de lo radical de su destino intelectual y de la elección de sus compromisos. Y es justamente ahí, conforme a las tesis por él desarrolladas en la Introducción a la filosofía de la historia, donde su pensamiento trasciende las determinaciones sociológicas y la contingencia histórica de las ideologías de la época para acceder a una parte de eternidad.

A. UNA TRAYECTORIA ORIGINAL EN UNA GENERACIÓN DE INTELLECTUALES

El pensamiento de Aron rompe con la generación de sus maestros, Alain y Brunschvicg, como con la de sus contemporáneos, Malraux, Simone Weil o Sartre.

Alain y Brunschvicg, amigos y discípulos de Elie Halévy en la Escuela Normal en los años 1890, marcaron los dos polos de la filosofía francesa de entreguerras. El kantismo de Brunschvicg dominaba

en la Sorbona, mientras que Alain exploraba las vías de un pensamiento crítico del ciudadano contra todos los poderes. Sus sistemas de pensamiento, sin embargo, coinciden en su incapacidad de tomar en cuenta la realidad del mundo y, en especial, el vuelco del sistema político de entreguerras. El cientifismo de Brunschvicg excluía deliberadamente la política de su campo, trazando una línea de división infranqueable entre el universo noble de la metafísica, ámbito de elección de la reflexión sabia y de la razón, y el carácter prosaico de la historia, donde se daba libre curso de forma anárquica a las pasiones humanas. Alain, por el contrario, se sentía un pensador político, que primaba como objeto de sus investigaciones los principios por los que habían de regirse las relaciones del ciudadano con el poder. Pero el intento de basar la libertad sobre una distancia y una desconfianza permanentes con respecto a cualquier forma de institución, y sobre todo la militar, demostró ser un callejón sin salida: Alain elevaba al rango de principios filosóficos las formas de funcionamiento de una República radical, a fin de cuentas decadente; su crítica de las instituciones contribuía a alimentar el antiparlamentarismo y la crisis del régimen que ponía como modelo; sobre todo, su pacifismo representaba un contrasentido histórico absoluto frente a las crecientes amenazas totalitarias.

Malraux, alejado del comunismo, y Simone Weil, alejada del pacifismo de Alain, entendieron que la mayor baza del pensamiento en el siglo XX era de naturaleza política y que se jugaba en términos de rechazo del totalitarismo. Sus respuestas al terror y su resistencia se definen en términos puramente individuales. Para Malraux, el hombre conquista su libertad mediante su rebelión solitaria contra el destino y luego sumándose a una epopeya histórica que se encarna en un hombre, en este caso el general De Gaulle, héroe de la causa de la libertad. Para Simone Weil, la política se vive como una pasión mística, bajo el signo del sacrificio. Estas formas de compromiso, basadas en el lirismo o en el acto de fe, no dejan de tener sus riesgos: Malraux se aventuró en la camaradería con el comunismo antes de ir a parar en el gaullismo, y Simone Weil se extravió en el pacifismo integral antes de convertirse al antihitlerismo.

La oposición más fuerte se produjo entre Aron y Sartre, cuyo cara a cara simboliza el dramático enfrentamiento entre la democracia y el

totalitarismo. Ambos son filósofos de la libertad, basada en el compromiso político. Pero ese compromiso en Aron se sitúa bajo el signo de la razón crítica, mientras que en Sartre se ubica bajo el de la violencia. El corazón de la concepción sartriana de la libertad se expone en *L'Être et le néant* y, sobre todo, en *La critique de la raison dialectique*, que se esfuerza por superar la antinomia entre la existencia de una libertad humana y el postulado marxista de un sentido de la historia. La conciencia, libre por su esencia, sólo puede lograr su libertad atendiendo contra la ajena, por consiguiente alienándose. Únicamente la rebelión colectiva le permite liberarse de su servidumbre, inscribiéndose en un destino colectivo aglutinado por el ejercicio del terror. La rebelión individual y la violencia colectiva son, por consiguiente, a un tiempo instrumento de la libertad y motor de la historia. Este fundamento terrorista que se le da a la libertad se acerca al anarquismo, alejándose tanto del marxismo como del liberalismo. Implica tres riesgos importantes. Para empezar, la libertad radical de la conciencia justifica cualquier elección, incluidas las derivas totalitarias, como demuestra el propio Sartre. Luego, la fragmentación de la conciencia en una sucesión de instantes independientes suprime toda forma de responsabilidad. Por último, la apología de la violencia se afirma como un contrasentido histórico absoluto, en un siglo caracterizado por su carácter mortífero.

Al positivismo kantiano, Aron opone el relativismo que rodea la acción y la sabiduría de los hombres; al pacifismo de Alain, el carácter trágico de la historia; al misticismo de Simone Weil o de Malraux, así como a la teología terrorista de Sartre, el trabajo metódico de la razón crítica y la reforma paciente de las instituciones y de las sociedades democráticas.

B. UNA POSTURA INTELECTUAL: EL COMPROMISO CRÍTICO CONTRA LA REBELIÓN

Frente a las ideologías del siglo XX, que han mezclado la fe y el terror, la utopía y la exaltación de la rebelión, Aron permaneció fiel a la postura del compromiso crítico, cuyos fundamentos teóricos había definido en su tesis. También se distingue del utilitarismo, que postula una regulación espontánea de la economía y de la sociedad.

A las diferentes doctrinas que reclaman para sí un sentido o un fin de la historia, Aron opone la idea de un poder ciudadano, construido por los hombres que «hacen su historia, aunque no sepan qué historia están haciendo». La defensa de la libertad y la perennidad de la democracia nunca son algo adquirido, sino que los ciudadanos las asumen a partir, por un lado, de una historia y de una cultura que moldean las costumbres políticas y, por otro, de las instituciones de que se dotan.

De ello se desprende la autonomía de lo político con respecto a las estructuras económicas y sociales o a los cambios técnicos. También se deriva de ello una disociación entre el universo del poder y el del conocimiento, la búsqueda de la verdad y el arte del gobierno de los hombres: la libertad política no puede instalarse de forma duradera sin hacer referencia a un ideal de virtud y de verdad; pero ese ideal se degrada en totalitarismo desde el momento que un partido, una facción, un Estado o un pueblo pretende encarnar la verdad o la virtud. El pluralismo político es indisoluble del reconocimiento del carácter limitado de la razón, incompleto de los conocimientos, compartiendo el poder.

C. UN PATRIOTISMO ABIERTO A LO UNIVERSAL

El cosmopolitismo de Aron, uno de los poquísimos intelectuales franceses que ha tenido auténtica influencia internacional –desde los Estados Unidos hasta las sociedades del imperio soviético– tiene como corolario un profundo patriotismo, a través de una concepción abierta de la nacionalidad. Ella está anclada en la esperanza de una vocación común de la humanidad y en la existencia de una razón que trasciende la diversidad de los sistemas políticos, de las culturas, de las civilizaciones y de las religiones.

Raymond Aron respetaba la fe religiosa y le reconocía un lugar eminente en la historia de los hombres, aun sin acceder a ella. Por un lado, su apuesta a favor de la existencia de una razón común para la humanidad se apartaba de cualquier forma de Providencia o de reconocimiento de una historia sagrada. Por otro, Aron permaneció fiel tanto al patriotismo francés como a la solidaridad con el pueblo judío.

Naturalmente, el judaísmo está presente en la obra de Aron a través de su interés por la historia del pueblo judío y por Israel, nación por la cual admitía sentir un afecto especial, lo cual no le impide analizarla a partir de las categorías clásicas, filosóficas, políticas e históricas. La herencia del judaísmo, sin embargo, es más amplia y se expresa por lo menos de tres formas en la manera de ser y de pensar de Aron: por la existencia de una duda sistemática frente a sí mismo, de la que las *Memorias* proporcionan una ilustración abundante; por no hacerse ilusiones sobre el salvajismo de los hombres ni sobre la existencia de un límite al odio y la violencia que puedan llegar a sentir; por el rechazo a renunciar tanto a la existencia de valores universales cuanto a la esperanza en un mundo más pacífico, libre y próspero.

IV. CRÍTICA

Desde el momento que la libertad no es una esencia, sino una historia, no puede uno dejar de interrogarse sobre la perennidad del pensamiento de Aron, aunque el contexto geopolítico el que ha presidido su elaboración haya desaparecido. La libertad del siglo XXI no se puede definir en relación con las guerras, las revoluciones y las crisis del siglo XX. La violencia, las pasiones extremistas, los desequilibrios económicos y las tensiones sociales están muy lejos de haber desaparecido. Pero su naturaleza cambia, al compás de los cambios de la democracia, del capitalismo y del sistema internacional. Y las categorías conceptuales utilizadas o discutidas por Aron –el Estado-nación y el imperio, la separación entre orden nacional e internacional, la disuasión nuclear, la sociedad industrial, las ideologías de la raza y de la clase...– se someten a un nuevo cuestionamiento, a veces radical, bajo la presión del caos geopolítico, de la globalización, de la diseminación y de la proliferación de los riesgos, de la revolución científica y tecnológica.

Al elegir su planteamiento de la historia del siglo XX, ¿se encontraría Aron en una situación inestable frente a un mundo post-ideológico, a una economía globalizada, a una sociedad postindustrial? ¿Al elegir plantearse la sociedad industrial, se vería superado por la sociedad de la información? En realidad, no hay nada de eso. Ya que, si se ha clausu-

rado el contexto histórico del siglo XX, estructurado en el período de entre guerras, la exploración realizada por Aron de las antinomias de la libertad moderna y los principios por él propuestos para responder a ello siguen siendo perfectamente actuales.

A. LA GRAN TRANSFORMACIÓN

Cuatro grandes fuerzas, que implican riesgos para la libertad, moldean el mundo del siglo XXI, y exigen un compromiso activo de las democracias.

- La geopolítica del caos se inscribe en el cruce del desmoronamiento de las ideologías del siglo XX, que ha provocado un relanzamiento agresivo de las identidades étnicas, nacionales y sobre todo religiosas y de la aparición del terrorismo masivo como un actor autónomo. De ahí la combinación de amenazas que se derivan de las ambiciones de poder (China, India, Pakistán, Rusia...), de los conflictos locales con un fuerte potencial de internacionalización (Oriente Próximo, Balcanes, Cáucaso, guerra civil argelina...), del terrorismo, de las armas de destrucción masiva. De ahí que el Estado ya no sea tan sólo una amenaza por su omnipotencia, como acaeció con el fenómeno totalitario del siglo XX, sino también por su decadencia, con la multiplicación de zonas grises controladas por los grupos terroristas, criminales y mafiosos, cuyo símbolo nos ha ofrecido el Afganistán de los talibanes. Se imponen dos observaciones: primero, que únicamente los Estados Unidos, y en menor medida el Reino Unido, han reestructurado su estrategia y su diplomacia esforzándose por responder a estos cambios radicales; segundo, que el espacio integrado de Schengen está más cerca de innumerables focos importantes de inestabilidad que los Estados Unidos.
- La globalización no es un proceso lineal, sino dialéctico, en el que se cruzan las fuerzas de integración y las fuerzas centrífugas. La ampliación de los mercados, especialmente con la entrada acelerada en la producción y en el consumo masivo de China y de India, —es decir, 1,3 y 1,1 millares de millones de personas, respectivamente—, la rapidez y la complejidad crecientes de las operaciones económicas multiplican las posibilidades de desarrollo, pero también de

ajustes brutales, de las que ha sido una buena muestra la crisis asiática de 1997. La interdependencia de las economías y de las sociedades va al unísono con la vuelta del proteccionismo y la guerra monetaria, como han demostrado los Estados Unidos con el *Farm Act* (que ha previsto 190 mil millones de dólares de subvenciones adicionales para sus explotaciones agrícolas), la mejora de los derechos sobre el acero o sobre el textil asiático, la devaluación competitiva del dólar en un 40% contra el euro y en un 20% contra el yen desde 2002. El capitalismo desregulado implica un gran potencial de crecimiento, sólidamente anclado en las ventajas de productividad de la revolución de las tecnologías de la información, al tiempo que genera burbujas especulativas repetitivas (acciones, obligaciones, inmobiliario...) y que aumenta las posibilidades de choques regionales o globales, como se demostró al principio de los años 2000. Por consiguiente, la economía abierta puede sufrir dos tipos de crisis: choques locales, que sólo pueden gestionar los mercados, como sucedió con la bancarrota del fondo LTCM o con la violenta recesión en Asia de 1997, con el crack ruso de 1998 o el mini-choque petrolero de 2000; crisis globales que implican una dimensión sistémica e imponen la intervención de los poderes públicos, como sucedió a principios de los años 2000 con la secuencia de la mayor quiebra de los mercados de acciones de la historia del capitalismo (una caída del 65% durante tres años), de las consecuencias de los atentados del 11 de septiembre de 2001, y luego los escándalos financieros en cadena, desde Enron hasta Parmalat. La movilización por parte de los Estados Unidos de todo tipo de instrumentos de intervención de la política económica (paso de un excedente presupuestario del 2% a un déficit del 5% del PIB, reducción de los tipos de interés de un 6,5% a un 1%, devaluación del dólar, ayuda a los sectores en dificultades e inversiones públicas masivas en investigación, de unos 120 mil millones de dólares al año...) ha sido la que únicamente ha permitido poner a raya la amenaza de una nueva gran deflación mundial, comparable a la de los años 1930.

- El número, la complejidad, la imbricación y la velocidad de las actividades humanas exponen permanentemente a las sociedades contemporáneas a la amenaza de riesgos cuya característica es la de

rehuir las fronteras nacionales y ser difícilmente previsibles y reversibles. Así sucede, por ejemplo, desde el punto de vista demográfico, con el creciente aumento de la inmigración, en el aspecto estratégico, con el terrorismo masivo, en el sanitario (crisis de las *vacas locas*, SRAS, virus Ébola), en cuanto al medio ambiente y al clima (recuérdese las 15.000 víctimas de la canícula durante el verano de 2003 en Francia, la multiplicación de las inundaciones, de los seísmos y de las catástrofes naturales), en el aspecto industrial (Bhopal, Chernobil, AZF-Toulouse), en el social, con la marginación de ciertas regiones (como África o una parte del mundo arábigo-musulmán) y la exclusión que se deriva de la presión conjunta de las exigencias de productividad de la economía de servicios con un alto valor añadido y de la llegada masiva de nuevos productores —encabezados por China, que acabará imponiéndose como la manufactura del planeta en el horizonte del siglo XXI—. Estos riesgos, por su naturaleza y por su amplitud, se les escapan por ahora a los mercados así como a los Estados, incluyendo a la hiperpotencia americana, que se limita a una acción puramente nacional en la lucha contra el terrorismo.

- La última transformación se debe a la revolución de las tecnologías de la información y de las ciencias de la vida. En el siglo XX, la ciencia dominante fue la física, que permitió al hombre la pretensión de ser dueño y señor de la naturaleza. El siglo XXI será el de la biología, que verá al hombre en condiciones de convertirse en amo y señor de su propia naturaleza. Con todos los daños o agresiones potenciales, que no serán menores para la naturaleza humana de lo que lo fueron para la naturaleza durante el siglo XX. De ahí la necesidad de elegir y darse reglas éticas, que dependen necesariamente de la decisión política y que sólo tendrán un verdadero alcance si su dimensión llegase a ser internacional, es decir, planetaria.

Contrariamente a las ilusiones de la década de 1990, la del 2000 permite subrayar que la libertad nunca está dada, sino que hay que construirla, que no es nada adquirido, sino que hay que conquistarla, a fuerza de voluntad y de imaginación, de trabajo y de convicción. Ahora bien, frente a la dinámica del caos, el retroceso de las instituciones y de las reglas comunes por ahora, como en los años 1930, va en paralelo con

la división de las democracias y con la renovación de las críticas radicales de la libertad política y del capitalismo, a través de los llamados movimientos antiglobalización.

B. LA NECESARIA REFUNDACIÓN DE OCCIDENTE

La fractura de las democracias occidentales constituye sin duda un gran riesgo para la libertad en el siglo XXI. Por un lado, los Estados Unidos, traumatizados por los atentados del 11 de septiembre de 2001, han primado una respuesta a la vez puramente militar y puramente nacional, que les sitúa en una situación muy difícil en Irak (con el riesgo de que confluyan el nacionalismo árabe y el terrorismo islámico), y les ha llevado a liberarse tanto de los marcos multilaterales como de las reglas del Estado de derecho (en el campo de prisioneros de Guantánamo). Con resultados modestos en cuanto a la lucha contra el terrorismo, pero con un profundo deterioro de su imagen en el mundo. Por otro, la Unión Europea se ha dividido, por no decir disuelto, con una total inexistencia militar y diplomática, la explosión sucesiva del pacto de estabilidad y del proceso constitucional. En total, la actividad sigue extendiéndose e imperando de forma endémica en el espacio que deja abierto, por un lado, la disociación de la razón política y de los medios del poder y, por otro, la fractura de Occidente.

De ahí la necesidad de refundar Occidente en el triple plano de los valores, de las instituciones y de los hombres, a semejanza de lo que hizo la generación de posguerra tras la segunda guerra mundial, que supo responder a la amenaza soviética y, a la vez, poner las bases para un orden internacional del mundo libre. Desde el punto de vista de los valores, es oportuno recordar que el pluralismo de la libertad es perfectamente compatible con la organización de una solidaridad política y estratégica activa para hacer frente a las amenazas. En cuanto a las instituciones, las formas de cooperación que se adapten a la sociedad y a la economía abiertas están por inventar, ya se trate de lucha contra el terrorismo, de la gestión de los choques y los riesgos de la globalización, de la prevención de riesgos globales, como también de la definición de las reglas en lo tocante al compromiso de

las fuerzas armadas, el gobierno de las empresas, los principios técnicos, jurídicos, contables aplicables a las grandes redes de transporte de informaciones, de bienes, de capitales y de personas que estructuran nuestro mundo. Pero la prioridad sigue siendo restablecer a todos los niveles la confianza entre los hombres, pues no ha variado lo que ya dijo Pericles, que «son los hombres y no las piedras los que configuran las auténticas murallas de las ciudades». Antes que ser una comunidad estratégica o una comunidad de intereses, Occidente se define por su concepción y su respeto del hombre, en el que se basan su unidad y su futuro.

La constitución de un nuevo vínculo atlántico en defensa de la libertad tiene que ver nacer previamente una Europa política, que se defina en términos de objetivos y de proyectos y no sólo en términos de procedimientos y de presupuestos. Raymond Aron había abogado por la Europa decadente, con unos acentos que ahora suenan extrañamente actuales, por cómo contrasta su inmovilismo con la rapidez de las transformaciones en América del Norte y en Asia. Para colmar el déficit democrático, la Unión ha de afirmar su identidad, delimitar claramente sus competencias frente a los Estados, dotarse de un proceso de decisión legítimo y eficiente. Para colmar el déficit de crecimiento y de empleo, ha de volver a plantearse cómo gobernar Eurolandia y, sobre todo, acometer sin más demora las reformas estructurales que Francia y Alemania –por lo menos hasta el inicio de la Agenda 2010– han aplazado a placer. Para colmar el vacío de seguridad, es conveniente articular junto con los Estados Unidos un sistema de seguridad europeo que asuma la responsabilidad de la defensa operativa del territorio de la Unión, el control de sus aledaños y fronteras, el mantenimiento de la paz en los cuasi-protectorados balcánicos.

C. LA LIBERTAD POLÍTICA EN EL SIGLO XXI

La originalidad y la fuerza de Aron residen en un pensamiento que se reivindica y se asume como plenamente liberal y plenamente político, mientras que los liberales a menudo subestiman el peso de la política o denuncian su poder excesivo y, por su parte, los pensadores políticos

siguen desconfiando ante una lógica liberal reducida equivocadamente a los mecanismos de mercado. Ahora bien, una de las claves del siglo XXI consiste precisamente en imaginar un nuevo liberalismo y en inventar instituciones capaces de tomar en cuenta la herencia democrática de los Estados-naciones, esbozando al tiempo una sociedad internacional, europea o mundial, de adoptar la renovación de una regulación económica por parte de los mercados, de captar las oportunidades de paz que se abren por el final de los bloqueos, al tiempo que frenan, mediante el uso combinado de la fuerza armada y de la pedagogía política, la dinámica del enfrentamiento entre las democracias y el mundo árabe-musulmán y, de forma más amplia, el resurgir agresivo de las reivindicaciones de identidad, étnicas o religiosas.

Cuanto más avancen el individualismo y el mercado, más urgente será la necesidad de instituciones legítimas y eficaces, de lo contrario veremos multiplicarse la anomia de los individuos, la atomización de las sociedades, las agresiones a la competencia, las tentaciones guerreras. Lejos de desembocar en el final de lo político, el siglo XXI se estrena bajo el signo de una fuerte expectativa tendente a afirmar los valores y crear los marcos idóneos para la nueva jugada mundial. Para ello, sigue siendo oportuno no ceder a las ilusiones económicas o tecnológicas, que postulan una estabilidad fundamental de las sociedades democráticas y de los intercambios. En esta empresa, Aron sigue siendo un guía inestimable, que demuestra que la democracia se basa en la tensión entre fuerzas que en cualquier momento pueden arrebatarla, que los mercados se crean con una racionalidad limitada, que el control de las pulsiones violentas depende de una película de civilización extremadamente fina y que cualquier choque puede ser suficiente para arrancarla.

La libertad en el siglo XXI será de derecho humano, y no divino. De ahí la urgencia de replantear la representación política más allá del Estado-nación, la regulación de la economía abierta, la creación del vínculo social, las condiciones para mantener la paz. De ahí la necesidad de transformar los principios en capacidad de acción política, las visiones programáticas en reformas concretas. Esta exigencia es permanente en Aron, siempre pendiente de articular el cielo de las ideas, las limitaciones de la realidad, el principio de responsabilidad, esta exigencia es permanente.

La actualidad última del pensamiento de Aron reside en su concepción de una libertad al margen de cualquier forma de Providencia, tanto si esta se encarna en la figura de un Dios, de un monarca o de una ideología. Ahora bien, esta libertad ya se manifiesta en toda su complejidad, abriéndoles a los hombres una capacidad de actuar y de saber cada vez mayor, pero creando también nuevas fuentes de inquietud y de frustración.

La condición histórica del hombre es, más que nunca, dialéctica. Liberado de las ideologías, se encuentra en un cara a cara angustiado consigo mismo, frente a la responsabilidad de tener que darse reglas, tentado por la utopía o las pasiones violentas. Aun siendo cada vez más poderoso, está cada vez más amenazado por el avance de la ciencia, ya se trate de controlar su evolución, inmediatamente después de la que ha adquirido sobre la naturaleza, o de amenazas que pueden nacer de las tecnologías de la información. Cada vez más individualista, se concibe y sitúa cada vez más en relación con la humanidad. Cada vez más viejo y rico, se siente cada vez más vulnerable. Cada vez menos aislado, se siente cada vez más solo. De ahí un sentimiento de desposeimiento en términos de identidad, de acción, de responsabilidad, frente a problemas y sistemas cuya complejidad desafía al entendimiento, que alimenta derivas extremistas.

La historia universal ha empezado realmente con la caída del muro de Berlín: el 80% de los 6 mil millones de personas viven la misma historia; producen en un mismo sistema, en el que están en situación de competencia; se intercambian de forma instantánea las mismas informaciones. Pero, pese a ello, sus ambiciones siguen rivalizando, sus culturas, sus creencias y sus distintas religiones son irreductibles. Cuanto más se afirma la dimensión universal de la humanidad, más se anuncian las resistencias y las fuerzas extremistas obtienen más energía presta de la negación de los valores comunes.

En un momento en que la democracia encara nuevas amenazas, en que la guerra vuelve a incorporarse a la vida cotidiana de los ciudadanos, ¿cómo no sorprenderse del carácter profético que tiene la conclusión de la conferencia pronunciada en 1960 ante la Sociedad de Amigos de la Universidad hebrea de Jerusalén, sobre el Amanecer de la historia universal: «Los hombres nunca han tenido tantos motivos para no

matarse entre ellos. Nunca han tenido tantos motivos para sentirse asociados en una única y misma empresa. No saco de ello la conclusión de que la era de la historia universal será pacífica. Sabemos que el hombre es un ser razonable, pero ¿lo son los hombres?»

La libertad no se puede disociar de la búsqueda de la verdad, incluso incompleta, ni del reconocimiento del poder de la razón, incluso parcial. Sólo progresa proporcionalmente al compromiso de los ciudadanos y a la solidez de las instituciones de las que estos se dotan para que pueda vivir y esté protegida. La política liberal es tan sólo el esfuerzo paciente para transformar una colección de seres razonables en una comunidad libre, justamente por ser razonables. Es la definición misma de la hoja de ruta que han de seguir las democracias en la primera mitad del siglo XXI.

Lo contingente y lo universal

Siguiendo las huellas del liberalismo político francés, Raymond Aron ha elaborado los valores y las instituciones de la libertad moderna frente a las ideologías del siglo XX. Su pensamiento implica una parte de contingencia, ligada al contexto histórico del enfrentamiento entre la democracia y los totalitarismos, pero también accede a la universalidad, inscribiéndose en la lucha de los hombres para refrenar la violencia y la tiranía mediante el ejercicio de la razón crítica, una lucha que vuelve a estar en el centro de los primeros años del siglo XXI. Aron es un filósofo de la Escuela Normal, formado por la Sorbona de la República radical en la disciplina kantiana, durante la situación sombría de la Gran Guerra: nada le predisponía a convertirse en el analista político más fecundo y lúcido entre todos los intelectuales franceses del siglo. Sin embargo, su independencia y su apertura internacional, su postura de espectador comprometido y su filosofía de la historia le han permitido liberarse de los determinismos de toda índole para ofrecer una visión del siglo XX que resiste al tiempo y que le sitúa entre las grandes figuras del liberalismo político. De la misma forma, cada generación podrá recurrir a su pensamiento para intentar forjar los conceptos y los métodos que le permitan intentar plantear la

historia y tener peso en ella y, consecuentemente, actualizar los términos de la libertad para defenderla mejor.

Patriota y cosmopolita, republicano y liberal, intelectual y ciudadano, Aron es un contemporáneo importante para poder entender la complejidad de las grandes transformaciones del mundo tras la guerra fría, tanto si se trata de la dialéctica de la democracia –entre universalización y balcanización de la ciudadanía–, de la dialéctica de la globalización –entre interdependencias y exclusión–, de la dialéctica de la violencia –entre una paz de nuevo imposible y una guerra mucho menos improbable–. Lejos del pesimismo que a veces se le atribuye, Aron practica el optimismo de la voluntad y nos invita a un triple acto de fe: en la dinámica de la libertad política; en la capacidad de los ciudadanos y de las democracias para garantizar su defensa común; en la posibilidad de que Europa y los Europeos den un gran paso para tomar las riendas de su destino y la parte que les corresponde en la invención y en la salvaguarda de su libertad en la sociedad y en la economía abiertas del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

Fessard, Gaston (1980): *La philosophie historique de Raymond Aron*, Julliard, Paris.